

# Asalariado moderno y movimiento sindical: ¿hacia un nuevo modelo de acción?

Guillermo Campero  
Ministerio del Trabajo

## ¿QUIENES SON LOS ASALARIADOS MODERNOS?

En las décadas de los cuarenta a los sesenta, la noción de asalariado moderno se identificaba en lo fundamental con el trabajador de la industria básica y de manufactura privada y estatal, la minería del cobre y, en segundo término, con la Administración Pública. De hecho, la organización sindical descansaba de manera importante en estos sectores y la movilización social encontraba en ellos su *núcleo conductor*. En consecuencia, el concepto de sector moderno no tenía que ver sólo con la situación tecnológica, sino especialmente con el lugar ocupado en la concepción del desarrollo económico y social vigente. Se trataba de los sectores de punta en una visión industrialista y con liderazgo estatal.

Contemporáneamente, el concepto de asalariado moderno se ha hecho más heterogéneo. Ello, a partir de las redefiniciones conocidas en la actual orientación del desarrollo, concentradas en la apertura comercial, con un lugar más central de los sectores primarios exportadores, de los servicios comerciales y financieros y una posición muy diversa de la industria en la competencia internacio-

nal. A esto se suma un papel menos directo del Estado y de las políticas públicas, en relación a la acción del mercado y de la iniciativa privada.

Por tanto, la noción de asalariado moderno es hoy aplicable a un universo más diferenciado, tanto porque se ubica en sectores más variados como porque dentro de esos sectores coexisten segmentos con distintas situaciones de modernización. En efecto, al interior de los hoy considerados núcleos de punta en el nuevo esquema de desarrollo, es posible identificar situaciones tecnológicamente diversas y con formas de organización del trabajo y de las relaciones laborales que van desde modalidades relativamente avanzadas, hasta modalidades más retrasadas.

Esto marca una diferencia con la evidencia anterior a los setenta, en que la industria básica, la manufactura de punta y los servicios públicos estratégicos combinaban de manera más homogénea tecnologías innovativas, con organización del trabajo y relaciones laborales relativamente avanzadas. De este modo, la modernidad era en cierto modo el resultado tanto de la posición ocupada en la estrategia de desarrollo como de las condiciones técnicas y socio-laborales asociadas a esta posición. Hay que recordar que las grandes empresas

públicas como la CAP, Endesa, ENAP, y los servicios públicos como la Corfo y más tarde Odeplan, el Ministerio de Obras Públicas y varios otros, eran técnica y socio-laboralmente aceptablemente avanzados. En el campo privado, los sectores manufacturero y minero presentaban situaciones más diversificadas, pero en general la gran empresa industrial y la minera mostraban razonables condiciones de modernización tecnológica y organizacional y, al menos, prácticas de relaciones laborales contractuales estables con los sindicatos.

En conclusión, los asalariados modernos, que antes eran en cierta medida un núcleo más homogéneo e identificable, son hoy segmentos diversificados y más heterogéneos. Su ubicación se distribuye en los servicios privados (sobre todo financieros), en ciertos segmentos de los sectores de exportación primaria (agroexportación, forestal, minería, pesca, etc.) y exportación secundaria (industria). También en algunos núcleos de la industria local de producción no transable, que adquirió capacidad competitiva con la importación extranjera después de la crisis de 1982.

En cualquier caso, esta nueva configuración está sometida a un mayor ritmo de reconversión y adaptación permanente que en las décadas pasadas, tanto por las exigencias de renovación tecnológica rápida, como por las fluctuaciones de los mercados internacionales, por lo que la posición "de punta" es hoy día un concepto más fluctuante.

Hay que considerar, finalmente, que el universo de los asalariados modernos se encuentra inserto en un contexto estructural en el cual los sectores independientes no asalariados han crecido fuertemente, por lo cual su posición se relativiza en la fuerza de trabajo. Además, entre los asalariados crece también el subconjunto de trabajadores temporales o bajo la forma de subcontrato, por lo cual la transitoriedad y las formas de organización del trabajo precarias comienzan a ser más extendidas que en el pasado. Ello ocurre con recurrencia en los segmentos de actividad modernos o de punta, agregando una característica de mayor dispersión que en el modelo clásico de industria sustitutiva de las décadas del cuarenta al sesenta.

## ASALARIADOS Y MOVIMIENTO SOCIAL POPULAR

Las evidencias antes descritas plantean condiciones materiales y culturales que afectan la antigua matriz de constitución del sindicalismo, que fue en lo fundamental la expresión de movimiento social de los asalariados. De hecho, el "núcleo duro" del movimiento sindical fue su base obrera industrial y minera, acompañada en distintos momentos por otros sectores, como el de los funcionarios públicos de la administración central y descentralizada (salud, profesores, etc.). Esta base industrial fue la de la manufactura sustitutiva, constituida de acuerdo al modelo de empresas con dotaciones más o menos estables y en el marco de una idea industrialista del desarrollo, es decir, con expansión del trabajador asalariado en relaciones capitalistas de producción de tipo fordista. De allí su identidad fundamentalmente "clasista". El movimiento sindical era entonces objetiva y subjetivamente cercano a la noción de movimiento obrero, en el sentido clásico de este concepto. Fortalecía lo anterior su vinculación con partidos definidos como clasistas (PC y PS). Aun en los sectores políticamente centristas vinculados al sindicalismo, el movimiento de los trabajadores era percibido como un actor con connotaciones de clase.

Es este mundo social más o menos homogéneo el que comenzó a cambiar. Las categorías sociales se hicieron progresivamente más difusas. El "obrero industrial" colectivo se disolvió, al menos parcialmente, en las nuevas categorías laborales. El empresariado se diversificó. Capital y trabajo dejaron de ser nociones tan operables como para actuar socialmente sólo desde una u otra. Los partidos clasistas admitieron una mayor pluralidad de sus representaciones, entrando a jugar papeles importantes las categorías de desarrollo nacional, lucha contra la pobreza y la desintegración, papel del mercado y el mundo privado, todo afectando en diversa medida su identidad unívoca con la categoría obrera.

El sindicalismo ha sido, sin embargo, uno de los actores que ha mostrado mayor capacidad de persistencia frente a mutaciones tan profundas como

las que han venido ocurriendo. En parte ello se debe a que en Chile el movimiento sindical, aun siendo de matriz obrera, fue también capaz de expresar, a lo menos simbólicamente, a un mundo popular más amplio. Si bien ello ocurrió imperfectamente en muchos casos, el sindicalismo lideró a menudo las demandas populares, especialmente por su capacidad de acción política nacional. En este sentido fue menos corporativo que en otras experiencias comparadas. Su historia lo hizo portador, como en el período de la dictadura militar pasada, de las luchas populares por la democratización y la justicia social. Por ello, puede sostenerse la hipótesis de que el sindicalismo ha sido en este país el actor social popular más relevante.

## LA CONSTRUCCION DE UN NUEVO MODELO DE ACCION

Lo anterior ha sido factor importante para enfrentar los desafíos de los cambios sociales y estructurales en curso con una potencialidad de reconversión a las nuevas realidades. Esta reconversión implica la constitución de una nueva matriz de representación de su universo más propio, el mundo de los asalariados.

En primer lugar, es claro que representar al nuevo mundo de los asalariados supone adecuarse a su diversidad. Los llamados "asalariados modernos", es decir, los que están en las áreas de punta, se encuentran dispersos en situaciones tan distintas como la agricultura de exportación y los servicios financieros. Mientras los primeros reivindican condiciones de trabajo mínimas, a menudo de manera más individual que colectiva, los otros demandan crecimiento sostenido de los ingresos y estabilidad en el empleo. No hay una identidad común en estos segmentos de la modernidad, porque, en un caso, la modernización tecnológica y comercial no tiene nada o poco que ver con la modernización de las relaciones laborales; y, en el otro, lo que crece es la identidad corporativa para ascender en un sector que ofrece oportunidades de movilidad social.

El concepto de "asalariado moderno" cubre un caleidoscopio de situaciones, que van desde la

fuerza de trabajo barata hasta el trabajador calificado en máquinas numéricas. La llamada modernización en estos países no es un conjunto homogéneo cuyo progreso es simultáneo, sino un proceso desigual, si bien combinado, para usar términos antiguamente conocidos.

Lo anterior supone revisar la idea de una representación homogénea de un asalariado homogéneo, que está diluyéndose. Ello sólo es posible diversificando plataformas de lucha. Pero, es necesario, además, encontrar una visión que tienda puentes en esta diversidad. Esto me parece fundamental, porque si no se logra, el sindicalismo no tendrá posibilidad de organizar la solidaridad de los trabajadores, una de sus funciones básicas. Pero tampoco podrá disciplinarlos detrás de sus negociaciones macrosociales, otra de sus funciones esenciales.

El asalariado moderno o es corporativo o es un reivindicador individual en un mercado de trabajo inestable, según donde se ubique en los múltiples polos de la "modernidad". Por eso se requiere un puente entre uno y otro, aun cuando se esté formulando plataformas diversificadas. Este puente no es, al parecer, la visión homogénea, clasista histórica. Seguramente debe ser más bien una visión global del tipo de desarrollo en que se está ingresando, que identifique la posición y las oportunidades de cada sector en el funcionamiento del mismo y que, sobre todo, establezca las prioridades de una política de negociación del cambio desde el punto de vista sindical que articule lo sectorial con lo nacional. Ello impedirá la acumulación de demandas dispersas, probablemente imposibles de satisfacer por el sindicalismo nacional, y lo dotaría de las bases para formular una estrategia global. En este sentido, lo que daría coherencia a la acción sindical sería la definición del papel de los sindicatos y del movimiento sindical en el proceso de constitución del nuevo orden económico y social.

Factor importante de esta visión global será, sin duda, la comprensión acerca de los procesos de movilidad laboral intra e inter sectores, que serán crecientes, resultado de economías más flexibles y en adaptación constante a la lógica de la competencia internacional y el cambio técnico. En particular



los asalariados modernos serán progresivamente sujetos de este proceso de movilidad. Sus reivindicaciones estarán asociadas probablemente ya no sólo a la variable salarial, sino a lograr mecanismos de protección frente a las situaciones de movilidad; protecciones del tipo seguro de desempleo, capacitación para la reconversión laboral y ampliación de la cobertura de seguridad social para realidades menos estables.

Pero, al mismo tiempo, como se ha dicho antes, los polos de asalariados vinculados a los segmentos modernos o de punta tecnológica y comercialmente, pero retrasados en cuanto a condiciones de trabajo, concentrarán sus demandas en la elevación de tales condiciones y en el establecimiento de regulaciones protectoras que compensen su baja capacidad de negociación colectiva.

La articulación de estos dos tipos de reivindicaciones sólo será posible en el marco de las negociaciones de tipo macrosocial que deberá desarrollar el sindicalismo, a menudo impulsando mecanismos tripartitos de discusión al nivel nacional. Configurar una estrategia sindical consistente frente a la heterogeneidad de los procesos de modernización requiere esta negociación global, de la cual deberían desprenderse las orientaciones que permitan las negociaciones en el ámbito de cada realidad particular.

Pero también esta negociación macrosocial permitirá organizar una propuesta sindical que considere la relación entre ella y las demandas de otros sectores populares, y de aquellos trabajadores situados en los segmentos afectados por situaciones de declinación competitiva y tecnológica. Aquí, los temas de la reconversión productiva, de la elevación de la calidad de los empleos y de las políticas sociales cobrarán sin duda importancia.

En síntesis, el sindicalismo tiene una perspectiva relevante de jugar un papel central de los procesos de construcción de consensos socialmente legitimados frente a los cambios que se operan en el marco de la modernización. No estamos, por

tanto, frente a una situación de disolución del actor sindical, como se sostiene en ocasiones al observar las tensiones que se producen entre la antigua matriz de la acción sindicalista y las nuevas realidades. Por el contrario, en el campo de las representaciones del mundo popular el movimiento sindical ha mantenido su vigencia, pese a sus crisis de adaptación. Ello no parece haber ocurrido tan claramente con otro tipo de representaciones sociales populares, como las vinculadas al mundo urbano poblacional en particular:

## CONCLUSION

La noción de asalariado moderno es una categoría dinámica, tanto porque está en proceso de constitución, como porque está marcada por el signo de la movilidad. Constituye, además, una categoría heterogénea, como resultado de los distintos tipos de inserción en los polos "de punta", los cuales van desde sectores modernizados técnica y comercialmente, pero atrasados en organización laboral, hasta sectores avanzados técnica, comercial y organizacionalmente. El trabajador asalariado "moderno", si se define por pertenecer a los mencionados polos de desarrollo, es tanto un *temporeiro* de la fruta, como un empleado de los modernos servicios financieros y comerciales.

El sindicalismo sigue siendo la modalidad de representación vigente y potencial de estos sectores. El desafío principal es construir un tipo de identidad capaz de configurar acción colectiva. Ella parece ser sobre todo la convocación a constituirse como un actor con capacidad de negociar los cambios y la gestión de la modernización, articulando en una estrategia global sobre las orientaciones del desarrollo económico y social las reivindicaciones de un mundo heterogéneo, que ya no responde necesariamente sólo a una identidad unívoca y común básicamente clasista, como en el pasado.